

COLOMBIA. VIOLENCIA Y DEMOCRACIA

Doctor Eduardo Pizarro León-Gómez

Sociólogo Universidad de París, Posgrado en Ciencias Políticas, Universidad de los Andes. Magister en Relaciones Internacionales, Instituto de Altos Estudios para el Desarrollo. Candidato a Doctor en Ciencias Políticas, Instituto de Estudios Políticos de París. Coautor del libro "Colombia: Violencia y Democracia". Investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Exteriores. Universidad Nacional, Bogotá.

El entonces Ministro de Gobierno Hernando Cepeda Ulloa nos contrató para hacer un estudio sobre la violencia aquí en Colombia, este estudio que inicialmente estaba previsto para unas 60 páginas, se convirtió en un libro que a último momento decidimos editar.

Cuando fuimos a entregarle el libro al Señor Presidente Barco a Palacio, se sorprendió de no encontrar un informe mecanografiado sino un libro que ya estaba en las librerías. Realmente nosotros tomamos esa decisión porque creemos que los proble-

mas de la paz y de la guerra, le interesaban a todo el país y no solamente al gobierno y además porque corríamos el riesgo de que si al gobierno no le gustaba, nos daba nuestro cheque, lo guardaba en la gaveta de algún escritorio y el informe final no hubiera tenido el impacto actual.

Así como el libro "La Violencia en Colombia" de 1962 sirvió para una gran autocrítica nacional de la violencia en los años 60, nosotros creíamos igualmente que nuestro libro, debía servir para una gran autocrítica nacional sobre la violencia, 25 años después.

La tesis que trata el libro que muchos de ustedes conocen, es el de la existencia de una multiplicidad de violencias, violencias en plural, que se retroalimentan mutuamente generándose en Colombia más, un clima de anarquía social generalizado que un clima de carácter insurreccional. Nosotros en el libro consideramos que lo que diferencia a Colombia de El Salvador, es que en El Salvador la violencia política entre el Frente Farabundo Martí y el gobierno del Presidente Napoleón Duarte, agotan una gran parte de la violencia que afecta al pueblo Salvadoreño. En Colombia en cambio, la situación es menos transparente, más confusa, más opaca, porque al lado de la violencia política, existen múltiples violencias: la violencia paramilitar, la violencia del narcotráfico, la violencia de las esmeraldas, la criminalidad organizada y a veces intrafamiliar que hacen el panorama nacional mucho más confuso.

Nosotros en el libro, diferenciamos la violencia política del resto de violencias, refiriéndonos a la violencia política como una violencia negociable, mientras que al resto las consideramos no negociables.

Violencia negociable en dos sentidos, en un sentido instrumental, la violencia política en la medida en que un actor controla su utilización y puede negociarla con otro actor y por ejemplo transformar la utilización del arma política violenta por el arma política en elección.

Lo que están haciendo los guerrilleros salvadoreños con el gobierno es negociar esta arma política violenta por otras formas de lucha que les permita la conquista del poder y del Estado. Entonces el actor guerrilla la controla y la negocia, por eso nosotros hablamos de violencia negociable en el sentido instrumental y hablamos de la violencia política como violencia negociable en el sentido político, porque en la medida en que la guerrilla tenga como objetivo la conquista del Estado, se puede negociar cómo se puede acceder al Estado. Entonces tanto el sentido instrumental co-

mo el sentido político, nos llevaron a hablar de la violencia guerrillera como una violencia negociable.

En cambio para el resto de las violencias, las denominamos no negociables porque no existe un actor definido que controle la utilización de ese recurso. No se puede negociar con los padres que golpean a sus hijos, no se puede negociar con la delincuencia común urbana. No hay un actor definido y eso no significa, que nosotros pensemos que para el resto de violencias no negociables, se planteen una serie de soluciones meramente policivas o penales. Simplemente consideramos que en este tipo de violencias no se puede negociar, pero hay que buscar una serie de medidas específicas para buscar superarlas.

En ese sentido, volviendo al ejemplo de El Salvador y Colombia, la mayor transparencia de la violencia política salvadoreña, haría que hipotéticamente, si mañana hubiera una negociación entre la guerrilla salvadoreña y el gobierno de El Salvador, la violencia política de ese país sería automáticamente superada.

A diferencia, en Colombia, si mañana hubiera una negociación exitosa entre la guerrilla y el Estado, es muy posible que la violencia en Colombia continuaría, porque todas las múltiples violencias que afectan al país tendrían presencia nacional y entonces, habríamos superado una de las violencias, pero probablemente el resto seguiría afectando a Colombia.

De ahí que esto nos llevó a una reflexión fundamental y es que en Colombia en los últimos años la clase dirigente colombiana y el Estado, han priorizado enormemente la violencia política y la han priorizado evidentemente, porque lo que está en juego es el problema del poder político. Pero esta priorización se constituye en la fuente de la profunda desviación de la política oficial, en la medida de que el resto de violencias fueron desarrollándose sin crearse una fuerza policiva eficaz, la policía fue militarizada y abandonada la protección de las ciudades. La justicia civil entró en crisis en beneficio de la justicia penal militar. Así todas las políticas del Estado comenzaron a sufrir deformaciones en beneficio de la violencia política y esto conllevó a un crecimiento desorbitante del resto de las manifestaciones de la violencia.

De ahí que nosotros en el libro hayamos insistido probablemente, muy polémicamente, en que la violencia política era importante, pero había otras violencias que requerían un tratamiento más global, más sistemático y más específico para ir creando en Colombia un clima de superación del crimen y la violencia generalizada.

Esta primera tesis de múltiples violencias se une a otra segunda tesis y es que al igual que en la violencia de los años 50, que fueron brillantemente analizados en el libro recientemente traducido de Daniel Peco, "Orden y Violencia, Colombia 1930-1974", se trata de una crisis de direcciones globales que afectan la sociedad colombiana y que conducen a la emergencia de estas múltiples violencias.

En los años 50 nos dice Peco la violencia política desbordada en su remolino, colocó al descubierto múltiples tensiones que afectaban al país, tensiones en el agro, tensiones urbanas, tenencia de la tierra, que llevó a que esas múltiples tensiones se convirtieran en relaciones violentas.

Nosotros creemos también que en Colombia hoy, hay una desviación de la crisis nacional donde la violencia política pone al descubierto múltiples tensiones de la sociedad colombiana. Esas múltiples violencias tienen expresión gracias a la impunidad, gracias a la crisis de la justicia, gracias al desbordamiento de la capacidad del Estado de garantizar la vida, gracias a toda una serie de factores y entonces comenzamos a repetir el credo de la violencia en los años 50 de las múltiples violencias.

En los años 50, por primera vez en nuestra historia hubo necesidad del arbitraje militar. Colombia, ustedes saben, se diferencia del resto de Latinoamérica porque nunca ha tenido como recurso de solución a las crisis los arbitrajes militares y en 1953 la única solución fue esta.

De pronto hoy en Colombia estamos viviendo una situación al menos preautoritaria, una situación de respuesta a la crisis, no necesariamente militar pero sí preautoritaria debido igualmente al desbordamiento de estas múltiples violencias frente a la capacidad del Estado o simplemente porque el Estado ha sufrido un proceso de desinstitucionalización, la guerra sucia. Entonces, las formas legítimas de represión estatal están siendo desbordadas por formas ilegítimas.

Recordemos en los años 50 los paros, las guerrillas de la paz y tendremos un panorama muy semejante. Una segunda tesis que acompaña la anterior y aquí yo quisiera apartarme un poco de la tesis de Francisco de Roux quien inició el debate. En todas las sociedades está presente la violencia. Está presente en las sociedades europeas, la violencia contra los emigrados árabes en Francia, está presente en los emigrados turcos en Holanda, pero los niveles de violencia cambian en las diferentes sociedades y sobretodo, cambian en los distintos momentos históricos.

Nuestra tesis se aparta del carácter atávicamente cultural de la violencia en Colombia y mucho menos que la violencia es biológicamente atávica como lo pretenden ciertos autores norteamericanos. Creemos que comparativamente con Latinoamérica, los niveles de violencia en el siglo XIX no fueron muy destacados, si se comparan con los niveles de la guerra de cesación en los Estados Unidos o con la revolución mejicana que produjeron más muertos que todos los que ha producido la historia colombiana en los últimos dos siglos.

Además, entre 1902 cuando se dio la guerra de los mil días y 1946 cuando se inició la violencia en Colombia, hubo un período excepcional de ausencia de violencia generalizada, salvo episodios como las bananeras en Antioquia. Es decir que si entre 1902 y 1946 la violencia estuvo ausente, eso significa que podremos superar la violencia actual.

Yo creo que es importante demostrar que no hay un atavismo cultural en la violencia porque hay períodos excepcionales y eso nos permite comenzar a descubrir por qué a partir de 1946 la violencia se desarrolla y cuáles fueron los impactos que fueron generándose a nivel cultural en la sociedad colombiana.

A la anterior tesis se une a una tercera y es ésta, nosotros no identificamos POBREZA CON VIOLENCIA, la pobreza, el subdesarrollo, la dependencia externa, crean un escenario, un teatro, unas condiciones objetivas que pueden, si se dan ciertas circunstancias traducirse en reacciones violentas, es decir, la pobreza, el subdesarrollo y la dependencia, crean una serie de tensiones en la sociedad, una serie de desequilibrios mentales y económicos que se pueden traducir en relaciones violentas, pero no necesariamente. Eso nos lo recordó Francisco de Roux y el ejemplo típico es el Perú antes de 1980, con el ejército de Sendero Luminoso, donde la violencia política y en todas sus formas estaba ausente prácticamente de la sociedad peruana.

Recientemente en un seminario que hicimos en Lima, lo que nos comentaban los analistas peruanos, era que el descubrimiento de la violencia en 1980 había impactado a la sociedad peruana a pesar de que la sociedad peruana es mucho más pobre, subdesarrollada y dependiente que la colombiana.

Entonces, la pobreza genera tensiones, ahora, por qué estas tensiones se convierten en acciones violentas? Ese a mi modo de ver el elemento fundamental de una reflexión sobre la violencia, no desde la perspectiva psicoanalítica que nosotros no conocemos, que probablemente es un vacío en el libro, sino desde la perspectiva social.

Nosotros creemos que la pobreza, el subdesarrollo y la dependencia colombiana, se juntaron con una serie de factores que dinamizan la violencia en sus diferentes formas. Yo no voy a entrar a ellas, solamente voy a mencionar algunas que para nosotros son muy significativas, por ejemplo la generación de la subcultura de la violencia, debido a la persistencia de la violencia desde 1946.

Les pongo un ejemplo muy simple. En un trabajo recientemente sobre la historia de la guerrilla en Colombia, nos encontramos con un fenómeno muy importante; es que la guerrilla nació en el país antes de que terminara la violencia liberal conservadora. Ustedes saben que los últimos grupos de bandoleros sociales fueron liquidados en 1965 y los primeros grupos guerrilleros surgieron en 1962, el MOEC, la FARC, el ERC, el FUA; intentos de movimientos guerrilleros frustrados surgieron en 1962, luego el EPL y el ELN en 1965. Todos los movimientos que surgieron en la década del 60 estaban articulados a la violencia anterior. Todos. El MOEC, trata de ligarse con los últimos bandoleros liberales lo mismo que la FARC nacen y el ELN se instalan en Santander gracias a Arturo Guerra, antiguo guerrillero liberal. Regiones, personas, tradiciones, valores, sirven para articular la violencia guerrillera actual con la violencia anterior, una subcultura guerrillera muy importante que va a explicar porque los grupos guerrilleros pueden instalarse en ciertas regiones con mayor facilidad.

Esto no existía en el resto de América Latina donde los grupos guerrilleros fueron rápidamente liquidados.

Otros de los factores que analizamos son los factores internacionales, la internacionalización de la droga, los conflictos regionales, el divorcio de lo social y de lo político de que habla Francisco de Roux, la ausencia de una administración civil y política del orden público, de una militarización del orden público, toda una serie de factores que han hecho que en Colombia, insisto, pobreza, subdesarrollo y dependencia produzcan relaciones violentas.

Yo creó mucho en este argumento y lo insistimos en el libro, porque cuando se plantea la pobreza igual a la violencia, se plantea que es imposible superar la violencia sino se supera previamente el subdesarrollo. Es decir que la violencia está absolutamente legitimada en su utilización en la medida en que haya pobreza. Nosotros creemos que Colombia puede superar la violencia y encontrar los caminos de la resolución democrática a sus conflictos sin necesidad de violencia a pesar de no haber superado necesariamente los traumatismos del subdesarrollo.

A pesar de que evidentemente la conflictividad de nuestras relaciones no serán superadas mientras no superemos el subdesarrollo.

Entonces en este marco de una dimensión global de la crisis, en esta multiplicidad de causas de la violencia, nos pusimos a reflexionar sobre las dimensiones que tendría en Colombia un compromiso, un acuerdo nacional para superar este fenómeno y nos encontramos que en Colombia las dimensiones del compromiso superan incluso las condiciones del compromiso salvadoreño, porque si en El Salvador hay que superar condiciones de una crisis de violencia política, en Colombia hay que superar una crisis de violencia social generalizada, mucho más honda y profunda que va a exigir esfuerzos gigantescos.

Con base en este esquema quiero tratar dos temas; el de la violencia política contra el Estado y en la segunda parte, la violencia política desde el Estado.

La Violencia Política contra el Estado. El gran reto de nuestro sistema político es la capacidad de integrar el podium insurreccional al proceso democrático. El monopolio bipartidista excluyente que ejerce sobre la sociedad colombiana un efecto perverso de incalculables consecuencias políticas para la sociedad, que es la ausencia de una izquierda democrática que hubiese permitido hacer menos dramática las alternativas nacionales. El joven radical se encuentra entre el bipartidismo excluyente y la guerrilla, pero no encuentra un polo de izquierda democrática no insurreccional que le permita despolarizar la sociedad colombiana y el único intento reciente de crear un polo de izquierda democrático de masas, la Unión Patriótica, está siendo exterminada.

Esto nos lo hizo pensar la sociedad peruana, que está viviendo el dramatismo de la violencia de Sendero Luminoso, pero que la izquierda unida que reúne el 33% del electorado, ha servido para hacer menos dramáticas las opciones políticas y alternativas peruanas y yo pienso que esa izquierda democrática es el polo necesario para superar la violencia política que enfrenta el país.

Es evidente y eso lo sabemos todos que un sistema cerrado genera siempre un sistema conspirativo. En la sociedad chilena sin canales y sin espacios de participación democrática, sin parlamento, sin prensa o mejor con una prensa censurada, sin elecciones, sin partidos legales, sin sindicatos, la única alternativa que tienen los sectores de oposición, son las posiciones de carácter conspirativo.

Nosotros vemos en el libro que en Colombia, el Frente Nacional prolongado hasta hoy, generó un espacio cerrado de canales de expresión política de oposición, que tuvo como consecuencia la gestación de esta oposición de carácter insurreccional y conspirativo. En este sentido el sistema cerrado, nos planteó una reflexión central y es que en Colombia no basta simplemente con el proceso de paz. El proceso de paz es solamente una de las herramientas del proceso reconciliatorio nacional. Creemos que al lado del proceso de paz, es decir de la solución política negociada de los conflictos que enfrenta el país, se debe acompañar de una apertura democrática es decir, de una ampliación de los canales y espacios de participación política para los partidos de oposición, es decir el desmonte del sistema bipartidista excluyente y de otras instituciones autoritarias como el estado de sitio, y otros.

En tercer término es necesario darles plenas garantías para el ejercicio de la oposición, para los partidos que la están ejerciendo en Colombia.

Es decir, la reconciliación nacional se basa en el proceso de paz, en una apertura económica y en unas garantías para el ejercicio de la oposición. Si cualquiera de estas tres pilares de la reconciliación nacional se debilita corre el riesgo de fracasar el conjunto del proceso político que estamos viviendo.

Porque debe haber proceso de paz, solución, pero si no hay apertura democrática, si no han sido dadas demostraciones de participación política, nuevamente estaremos creando las condiciones para una izquierda de carácter insurreccional.

Esto, pienso yo, es lo que ha generado la situación más dramática que vive Colombia y es que las formas institucionales de participación política y social, es decir las formas reguladas por las leyes, la lucha electoral por ejemplo ó las huelgas han sufrido un desgaste progresivo durante los últimos diez años. Cada vez se vota menos y cada vez hay menos huelgas en Colombia, pero estas formas institucionales de participación social y política están siendo reemplazadas por formas no institucionales de participación.

Mientras la curva electoral y la curva de las huelgas desciende, la curva de los paros cívicos, la de las marchas campesinas y la de los atentados guerrilleros crecen, entonces el país se está desinstitucionalizando progresivamente, generándose un divorcio que ya se produjo en la década del cincuenta en la época de la violencia, divorcio entre el país político y el país real.

El divorcio entre un bipartidismo liberal-conservador que sólo controla las formas de participación política electoral, pero que ya no controla las otras formas de participación ciudadana.

El bipartidismo se está viendo absolutamente impotente frente a la nueva expresión de demanda ciudadana que fueron dramáticamente contenidas por tantos años de frente nacional, de estado de sitio, de militarización de las vías civiles, lo que impidió que la demanda de la población se expresara y que hoy, se estén expresando por fuera del Estado, por fuera de los partidos y del control de la clase dirigente generando este fenómeno de la desinstitucionalización progresiva del país.

Este fenómeno de la desinstitucionalización está siendo respondido con la militarización creciente de la sociedad civil que se expresa principalmente con los grupos de autodefensa, con la acción represiva frente a los paros cívicos y marchas campesinas, es decir, a través de una creciente militarización de cualquier expresión ciudadana.

Daniel Peco en su libro sobre los años cincuenta, expresa que la violencia en Colombia se dió por eso. El gaitanismo, en la medida en que rompió la bipolaridad liberal-conservadora y planteó la nueva bipolaridad pueblo-oligarquía, generó esa ruptura entre lo político y lo social que llevó al holocausto de los años cincuenta.

Quisiera plantear tres ideas para el debate en este punto:

1. La política de apertura democrática y la creación de garantías para el ejercicio de la oposición, no se pueden condicionar a los resultados de la política de paz. Si la paz con los grupos guerrilleros fracasa mañana, es necesaria la política de apertura democrática y la política de dar condiciones a los sectores de oposición, porque el primer término yo creo que una política de ampliación democrática y de fortalecimiento y organización del sector civil, son los mejores instrumentos para quitarle todo vicio de inconstitucionalidad a la utilización de la violencia en Colombia.

Entonces, como dijo un candidato a la presidencia norteamericana, a los males de la democracia, más democracia, a los males de la democracia no más militarismo, sino más democracia, para ir creando recursos democráticos, fortaleciendo a la sociedad civil, que le quiten todo peso a la utilización de la violencia como un arma política de la sociedad colombiana.

2. Yo creo que hoy en Colombia existe un retroceso en la política de paz bajo la administración Barco, incluso diría más, no existe política de paz en esta administración. Creo que Barco cambió radicalmente la perspectiva política de paz de la administración Betancur y dió por terminado muy pronto las posibilidades de un proceso de negociación política. Me parece ilusorio que en Colombia, que lleva tantos años de violencia política, tanta desconfianza entre los sectores enfrentados, tanto sangre derramada se pudiera recuperar la confianza mutua y sin embargo se dió por liquidado. Ustedes saben que la administración Barco tiene tres postulados: primero ya no trabaja con los factores subjetivos de la subversión, no negocia con la guerrilla sino que busca trabajar con los factores objetivos, es decir, los factores de la pobreza absoluta en las zonas urbanas a través del Plan Nacional contra la Pobreza Absoluta o las áreas deprimidas rurales, Plan Nacional de Rehabilitación para acabar con los factores de violencia, es decir la economía social. Esto implica, cuando yo cambio de interlocutor de lo objetivo a lo subjetivo, cuando ya no hablo con la guerrilla a quien se le niega toda representatividad social y hablo es con la comunidad a través de las famosas comisiones nacionales de rehabilitación que se están creando y en tercer término, si yo hablo con la guerrilla solamente lo hago para su desmovilización y entrega de armas.

Porqué esto no es una política de paz? Por una razón muy simple, porque estas son políticas a largo plazo, cuarenta o cincuenta años de abandono a los territorios nacionales no se van a solucionar en dos años.

Estas son políticas macroeconómicas a largo plazo y cuando ya en el Cauca, en Urabá, en el Magdalena Medio y en otras regiones de Colombia desaparecan los factores objetivos, yo no se si resitirá Colombia realmente, el país no da espera para esperar los resultados de políticas macroeconómicas de rehabilitación de zonas abandonadas, cuando hay 6 millones de personas en la pobreza absoluta. ¿Cuándo vamos a lograr superar esa pobreza para que desaparecan los factores subjetivos de la subversión? Creo que esta es una visión tecnocrática y economicista del problema de orden público colombiano que no se adecua al dramatismo de la situación colombiana actual.

De otra parte me pregunto, cómo es posible que Colombia, que fue el animador del grupo de Contadora, Contadora ustedes saben, nació en la casa de Gabriel García Márquez en 1982 en ciudad de México. Cuando la situación es más dramática se están experimentando los instrumentos de Belisario Betancur en Nicaragua, El Salvador y Guatemala, se crearon comisiones de reconciliación nacional, se crearon co-

misiones de verificación del cese al fuego, se dictaron leyes de amnistía y se dieron treguas unilaterales o conjuntas. Es increíble que cuando se están experimentando estos mecanismos de solución política, Colombia los hubiera ya abandonado. Los métodos de Esquipulas 11 y de la Paz en Centroamérica, considero que deben ser retomados en Colombia. Esto se facilita hoy por una razón muy importante y es que la iglesia católica ha ofrecido hoy su mediación y me parece muy importante porque esa política de mediación es una política continental de la iglesia católica, el obispo de Managua, muy conservador, es el presidente de la comisión de reconciliación nacional de su país, Nicaragua.

La iglesia está sirviendo de mediadora en Guatemala y en El Salvador. Esa política continental que nos acaba de recordar Francisco de Roux con una carta del obispo de Garzón, se debe retomar en Colombia por esta razón fundamental, porque el gobierno de Barco ha cometido un error muy costoso y es la negación a aceptar la mediación de cualquier sector diferente al propio Estado.

Entonces, a qué está conduciendo esto?, a que los colombianos nos lavamos las manos, que el problema de la paz y la guerra es un problema del Estado, es un problema entre Carlos Ossa Escobar y la guerrilla, es como si la paz no le interesara a todos los colombianos. Entonces, mientras Belisario con mucha inteligencia había creado un parlamento de la paz, la comisión de paz de John Agudelo Ríos, donde todos los sectores de la sociedad civil estaban participando, la iglesia, los partidos políticos, los sindicatos, los gremios, otra serie de instituciones, entonces Belisario estaba comprometiendo al país con la paz. Barco le dice al país, ustedes no tienen nada que ver con la paz.

Entonces, el gobierno se aísla y nos aísla a nosotros que también queremos participar del proceso de paz porque nos afecta. Es así como la mediación de la iglesia es el inicio de la participación civil, es decir es el inicio de la participación de todos los sectores en un proceso de paz que nos interesa a todos los colombianos. La mediación de la iglesia tendría a mi modo de ver tres factores positivos:

Primero. Si el gobierno no quiere correr con los costos y el desgaste que implica una negociación, si fracasa, quien podría correr con los costos políticos? Si el gobierno lo que no quiere es servir de termómetro para medir la buena voluntad de la guerrilla, que la entregue a la iglesia para que sirva de termómetro para ver si la guerrilla tiene buena voluntad.

Si el gobierno lo que no quiere es este tipo de negociación va a ser muy dura una negociación política en Colombia, porque una negociación implica muchas conciliaciones, concesiones. Los guerrilleros que llevan 25 años luchando por una transformación política no van a aceptar un reinsertarse simplemente en la institucionalidad actual. Así como el gobierno no puede aceptar la institucionalización cubana.

Si la guerrilla tiene fuerza política en la sociedad colombiana, entonces necesitamos definir ese espacio de negociación que hoy se está negociando en El Salvador.

Una tercera idea es, que la violencia política en Colombia no podrá ser superada mientras la guerrilla siga convencida que es posible un triunfo militar en Colombia y mientras a la guerrilla le sean indiferentes los costos de una guerra civil en el país. Pienso que un gran debate nacional es demostrarle a la guerrilla que un triunfo militar no es posible en Colombia y si ese triunfo militar fuera posible, sería a tales costos para el país que hace necesario pensarlo.

Si un dirigente guerrillero es serio y responsable con su país, tiene que evitar los costos de una guerra civil en Colombia y este debate con los guerrilleros me parece fundamental. Nosotros en el libro consideramos que no es posible una guerra civil por muchos factores: Porque hay un potencial de violencia acumulado en la sociedad colombiana que haría imposible o mejor absolutamente demencial una guerra civil.

Si el genocidio chileno comenzó en cero, el genocidio colombiano comienza después de 40 años de violencia continuada y de una acumulación de tensiones que degenerarían en un clima muy preocupante.

En segundo término están las múltiples violencias que llevarían muy probablemente no a un clima insurreccional sino a un clima caótico en la entidad social generalizada que es precisamente lo que estamos viviendo actualmente.

En tercer término, la situación geopolítica de Colombia es radicalmente diferente a la de El Salvador y Nicaragua. Si en El Salvador el costo de la guerra civil tiene las dimensiones de hoy en día, pensemos en Colombia, un país que tiene diferencias estratégicas fundamentales para Estados Unidos, si Estados Unidos pierde mañana a El Salvador, no cambia el equilibrio de fuerzas a nivel internacional. Si Estados Unidos pierde a Colombia mañana, cambia radicalmente la estructura del poder internacional y eso va a generar que los costos de la resistencia norteamericana, van ser infinitamente superiores.

Pero nosotros somos excépticos con respecto a que la guerra de guerrillas en Colombia se pueda convertir en una guerra nacional, somos excépticos porque en El Salvador, en Nicaragua y Cuba la guerra de guerrillas se convirtió en guerra nacional por las circunstancias de opresión ancestral de esos países. En Colombia, la clase dirigente colombiana, ha combinado inteligentemente el arroz y la zanahoria, ha combinado inteligentemente la democracia restringida y la militarización y eso le ha restado fuerzas a la generalizada utilización de la violencia y salvo que en Colombia llegue una dictadura fascista militar, difícilmente la guerrilla va a encontrar una legitimidad de carácter nacional.

Por eso en el libro nosotros hacemos un llamado a los grupos guerrilleros para que planteen la necesidad de una respuesta de carácter político a los conflictos nacionales. Aquí, se presenta un debate muy importante sobre el papel de la guerrilla y es, si la guerrilla cumple un rol democrático de la sociedad colombiana ó si la guerrilla corre el riesgo de que a través de ella sea criminalizada toda la sociedad civil colombiana, cualquier expresión ciudadana sea vista como de carácter insurgente y entonces la guerrilla no sirva para impulsar la democracia sino para impedir su emergencia.

Finalmente, en una última parte quisiera referirme brevemente a las violencias del Estado, quisiera hacerme una pregunta. ¿La guerra sucia se está convirtiendo en un sustituto de la paz?

Es decir, ante la incapacidad manifiesta en el país de resolver por las vías de la negociación y del diálogo los conflictos que afectan a Colombia, vamos a ver el país envuelto en una guerra sucia. La guerra sucia, porque ya Jaramillo Ossa habló largamente sobre ésto, yo solamente voy a hablar de tres o cuatro elementos adicionales.

La guerra sucia para darle una definición práctica desde el poder, es la utilización del terror como táctica de la contrainsurgencia que busca aniquilar la oposición política mediante la utilización clandestina de la represión. Ejemplo típicos, la operación Fenix en Vietnam., el genocidio guatemanteco, iniciado por el Presidente Julio César Méndez Montenegro en 1967, la Triple A, Alianza Anticomunista Argentina, el Ministro de Bienestar Social José López Red de Argentina y Estela Martínez de Perón, son tres botones de muestra de esta forma de guerra sucia no utilizada por los militares sino por los poderes civiles.

La guerra sucia en Colombia va más allá de su connotación puramente política debido a la multiplicidad de violencias, debido al desbordamiento de control de los aparatos de justicia, debido a la emergencia o consolidación de ideologías totalitarias de derecha. Nosotros encontramos tres tipos de guerra sucia; uno, los grupos irregulares de escuadrones de la muerte conectados hacia la delincuencia común. Dos, los grupos irregulares que practican la violencia moral, el caso de los grupos canquil, en Cali que mataban a prostitutas, travestis, la violencia moral y un tercer grupo, los grupos paramilitares orientados hacia la violencia política.

Por eso las múltiples violencias dan origen a múltiples formas de guerra sucia mucho más complejas que hacen mucho más difícil el panorama nacional. Todos tres simbolizan el fortalecimiento de una cultura de intolerancia reflejada en la violencia moral contra los travestis, en la violencia política contra los opositores, cultura de intolerancia igualmente reflejada en los asesinatos de delincuentes comunes. Esta guerra sucia en segundo término pasó a Colombia de la violencia selectiva a la violencia contra lo que en la jerga guatemalteca se llamaba los sectores potencialmente subversivos, potencialmente no adictos a determinados valores, es decir en la jerga guatemalteca, la periferia de la subversión. Ustedes saben que Guatemala fue el gran laboratorio latinoamericano de la guerra sucia. Produjo más de 70 mil víctimas, muy pocos de ellos eran guerrilleros realmente. La periferia de la subversión fue la que sufrió los embates fundamentales de la guerra sucia. Lo mismo ocurrió en Argentina como lo demostró la comisión Sábato, donde muy pocas personas víctimas de la guerra sucia eran miembros del grupo montoneros o del ejército revolucionario del pueblo. La gran mayoría eran artistas, periodistas, intelectuales, profesores, la periferia de la subversión es el objetivo primordial de la guerra sucia.

En tercer término cuando se pasa de la guerra sucia selectiva a la guerra sucia contra la periferia de la subversión, se va generando una suerte de terrorismo colectivo, de terrorismo de Estado que afecta al conjunto de la población. Enrique Quinsber, sicólogo argentino estudió estas consecuencias en la población y en resumen él dice: "el silencio que perturba profundamente la comunicación y los vínculos interpersonales, la sospecha de nadie es confiable, cualquiera puede ser enemigo o delator, instaurándose una paranoia colectiva, la dejación colectiva fomentada abiertamente por los sectores de extrema derecha, el miedo y el pánico paralizante, la quiebra de la solidaridad que afecta los lazos de cooperación y produce un exacerbadísimo individualismo, donde solo existe la ilusoria salvación individual, la ausencia de prestaciones políticas y sindicales fue produciendo un vacío total de conciencia social, la censura y la autocensura, el control de la información de los textos, fueron asimila-

dos al final de la autocensura por la abierta apología de las prácticas de terrorismo de derecha, la supresión de todas las formas de participación social en tanto que cualquier intento era visto como transgresor de normas impuestas, la exacerbación de las enfermedades sicosociales como consecuencia de todo lo anterior produjo un incremento en las patologías de escape como el alcoholismo, la drogadicción, el uso y abuso de sicofármacos, etc." De otra parte en un trabajo elaborado por el movimiento solidario de salud mental de Buenos Aires, sus autores elaboraron una síntesis del cuadro psicológico de los individuos estudiados, incertidumbre, angustia provocada por el miedo, negación de la realidad, autorepresión, modificación del lenguaje y tergiversación en términos habituales.

El otro objetivo de la guerra sucia es el exilio forzoso. El exilio forzoso de tipo cultural, científico e incluso demográfico. Uruguay perdió el 12% de su población, 330 mil personas; Chile un millón de personas; Argentina lo mejor de su intelectualidad y de su cultura se fue para otros países receptores y todavía cinco años después ni Argentina ni Uruguay han podido recuperar los niveles científicos y culturales del pasado. Este es uno de los objetivos específicos de la guerra sucia, el exilio forzoso.

Evidentemente la guerra sucia tiene un objetivo político, la desestabilización de las instituciones democráticas, para instaurar un totalitarismo de derecha, dar un timonazo a las políticas de paz en beneficio de una política de contrainsurgencia generalizada, por eso el objetivo político es el que predomina y es por eso que hay que detenerlo.

Algunas conclusiones. El panorama que presenta Colombia hoy es muy oscuro, pero como me dijeron recientemente en el Perú al pesimismo de la razón hay que anteponerle el optimismo de la voluntad. Es decir debemos definir cuales son las iniciativas que se requieren para detener este clima de violencia generalizada. Una primera forma evidentemente son este tipo de foros, comprender una situación es de alguna manera comenzar a dominarla.

En segundo término, el fortalecimiento de todos los espacios sindicales, políticos, sociales de una cultura democrática que debemos anteponer a una cultura de intolerancia que está invadiendo todos los ámbitos de la vida social. En tercer término, el viejo adagio liberal: "Para todos los males de la democracia, más democracia". Frente a la democracia excluyente y autoritaria que vivimos necesitamos ampliar los canales de participación democrática. En cuarto término, hay que fortalecer los organismos de la sociedad civil y ante todo, pienso yo, hay que conformar un gran polo

de izquierda democrática que sirva para despolarizar y hacer menos dramáticas las opciones nacionales.

En todo caso, recogiendo un poco las experiencias de Guatemala, creo que hoy en Colombia es necesario la creación, como hicieron los guatemaltecos, de un gran frente amplio contra la violencia. Un frente amplio contra la violencia que defina el gran propósito nacional, el propósito de ampliar la democracia, el propósito de ampliar la justicia social, el propósito de exigir el pleno respeto de los derechos humanos y quisiera terminar con una frase que Francisco de Roux me dijo antes de entrar, una frase de los cristianos, "esperar contra toda esperanza".

Muchas gracias.